

PLANTEO Y DISCUSION DE ALGUNOS PROBLEMAS FUNDAMENTALES DE LA GNOSEOLOGIA

§ 1.

No es dudoso que en los actuales momentos los problemas relacionados con la teoría del conocimiento ocupan un lugar preeminente en la literatura filosófica, lugar que comparten con ellos tan sólo las discusiones axiológicas. Este hecho encuentra su explicación en el carácter histórico de la época en que vivimos y comprueba mejor que nada, la intimidad de los vínculos que ligan la filosofía de un período determinado a los acontecimientos político-sociales contemporáneos. Así, mientras el gran auge que ha tomado la producción axiológica dentro de la filosofía de los últimos lustros, nos puede servir de indicio de la aguda crisis de valores que nos es dado presenciar en casi todos los campos de la actividad humana, el interés igualmente manifiesto que se pone en evidencia con respecto a los problemas gnoseológicos, aparece a su vez, como reflejo de la crisis de otro tipo por la cual están atravesando actualmente las distintas ciencias.

En realidad, a pesar de ser los actos cognoscitivos tan importantes para nuestra vida diaria, como para las ciencias, los problemas gnoseológicos en general, no constituyen una pre-

ocupación primordial, ni para el hombre de la calle, ni para el investigador o estudioso en algún campo concreto del saber. La convicción de que podemos llegar a conocer y efectivamente conocemos en parte, el mundo que nos rodea, nos es inculcada por nuestra experiencia cotidiana de tal manera, que la adquisición de conocimientos aparentemente no tiene nada de misterioso o siquiera de problemático. En este sentido, el hombre de ciencias tampoco hace sino seguir la línea de conducta general adoptada por todos los hombres, sin preocuparse mayormente por las condiciones básicas que lo capacitan para establecer los llamados "hechos científicos". En efecto, como la historia de todas las ciencias lo comprueba ampliamente, las mismas pueden alcanzar un grado de adelanto considerable, sin que se les presente la necesidad de plantear cuestiones relacionadas con la naturaleza del proceso cognoscitivo mismo. En la misma forma en que el hombre es capaz de realizar sus funciones fisiológicas sin conocer los procesos orgánicos en que se fundamentan, es capaz de llevar a cabo actos cognoscitivos sin darse cuenta de su mecanismo intrínseco. Y como es recién la investigación fisiológica que plantea y resuelve en cuanto sea posible, los problemas relacionados con la manera de funcionar de nuestro organismo, es únicamente la especulación gnoseológica que hace surgir la cuestión del ¿cómo? y del ¿basado en qué? en cuanto de la adquisición del saber se trata.

Así ocurre que, a pesar de corresponder a los problemas fundamentales de la gnoseología una prioridad lógica frente a las diferentes ciencias, de hecho éstas han evolucionado independientemente de aquella, sirviendo sus resultados muchas veces hasta como punto de partida para el estudio de determinados aspectos del proceso cognoscitivo. El hecho de que innumerables actos cognoscitivos realizados pertenecen a la experiencia propia de toda persona, hace posible un exámen retrospectivo de sus rasgos característicos que pueden constituir las bases empíricas de una investigación de lo que es en realidad el proceso que se señala con el nombre de "conocer". Se

crea así una fenomenología del conocimiento que, si bien no puede ser considerada por sí misma como una teoría gnoseológica, podrá servir de materia prima para su elaboración. Es evidente, pues, que una teoría del conocimiento, para ser válida, debe tener en cuenta antes de todo, los caracteres esenciales de los actos cognoscitivos reales que llevamos a cabo continuamente y en casi todas las circunstancias con que nos enfrenta la vida. El proceso del conocimiento es primordialmente una vivencia concreta, cuya problemática desde el punto de vista del análisis filosófico, nace de las dificultades que se oponen a una explicación satisfactoria de los fenómenos que nos es dado observar en el transcurso de la misma. Negar dichos fenómenos y sustituir el concepto empírico del conocimiento por alguna noción abstracta, arbitrariamente definida, es falsear el problema en beneficio de alguna teoría gnoseológica preconcebida. Antes de entrar, entonces, en la discusión de las diferentes posibilidades que existen para explicar el proceso cognoscitivo, es necesario dejar establecido en forma incontestable ¿qué es lo que debe ser explicado? o sea ¿cuáles son los hechos indubitables que constituyen el aspecto inmediato de todo conocimiento?

§ 2

Todo conocimiento es evidentemente una relación que se establece entre dos entes: el sujeto conocedor y el objeto conocido. Entre estos dos entes, el objeto puede ser cualquiera cosa (abstracta o concreta, real o ideal, especial o genérica, etc.), el sujeto, en cambio, tan solo un ser consciente que se encuentra capaz de aplicar a sí mismo el pronombre de la primera persona: "yo". Si prescindimos de los casos excepcionales en que el conocimiento en cuestión se refiere al mismo sujeto conocedor o a algún aspecto determinado de éste, el objeto del conocimiento se presenta al sujeto, como algo que se encuentra fuera de él y que posee una existencia independiente del acto cognoscitivo, mediante el cual el mismo se vincula

con el sujeto. Pertenece también a la naturaleza fenomenológica del acto cognoscitivo, que éste en nada modifica los rasgos del objeto conocido, limitándose a hacer aparecer una imagen del mismo en la conciencia del sujeto. El primer problema que debe resolver, entonces, toda teoría del conocimiento, se refiere a la forma en que un objeto que por su naturaleza intrínseca se presenta trascendente al sujeto, llega a reflejarse en éste, sin sufrir por ello modificación alguna en sus caracteres distintivos.

Otro problema no menos importante que plantea el fenómeno cognoscitivo, es el siguiente. Nuestro conocimiento no se limita a objetos individuales caracterizados por determinados rasgos diferenciales que somos capaces de establecer y de distinguir, sino se extiende también a ciertas formas de comportamiento que les son aparentemente comunes a todos y a base de los cuales nos es dado producir juicios apodícticos acerca de objetos que individualmente no conocemos. A esta clase de juicios "a priori" pertenecen, por ejemplo, los que se refieren a la tridimensionalidad de los objetos de existencia especial o al hecho de que un cuerpo entero es mayor que cualquiera de sus partes etc. Basándonos en estos principios generales y siguiendo determinados procesos mentales, nos encontramos en condiciones de prever hechos concretos que no hemos podido establecer directamente. A pesar de ser los objetos a que se refiere nuestro conocimiento, trascendentes a nuestro "yo", éste se presenta entonces, capaz, no solamente de captar en alguna forma dichos objetos mismos, sino reconoce, en parte al menos, también los principios que rigen su comportamiento. Y el conocimiento de estos principios generales se lo efectuamos, no fijándonos en los objetos individuales que les obedecen, sino por lo contrario, haciendo caso omiso de éstos y sumergiéndonos en las profundidades de nuestra propia conciencia.

Las dificultades básicas que presenta para su explicación, el fenómeno del conocimiento, pertenecen entonces a dos clases, la primera de las cuales se refiere al hecho de que nuestro "yo", como ente psíquico consciente, es, ello no obstante, ca-

paz de captar en cierta forma, objetos que le son trascendentes, y la segunda, a que dichos objetos, a pesar de ser ajenos a nuestro "yo", obedecen aparentemente a principios que podemos reconocer en forma "a priori", basándonos en los dictados de nuestra propia conciencia.

§ 3.

Es esencialmente alrededor de estos dos problemas fundamentales que gira, sinó toda, al menos gran parte de la literatura gnoseológica de todos los tiempos, aunque la forma de su planteo, y el significado que se les atribuye, varía profundamente de una época a otra y en mayor grado, aún, según la naturaleza de las concepciones generales sostenidas por los deferentes autores. Todavía más variadas que las formas de su planteo, resultan naturalmente las teorías, mediante las cuales ha sido intentada la solución de ambos problemas básicos de la gnoseología, siendo el fundamento de cada una de estas tentativas, el rasgo más saliente y característico de las diferentes doctrinas filosóficas interesadas. Desde el punto de vista lógico y sin tener en cuenta, por de pronto, las hipótesis metafísicas que se presuponen cada vez, las interpretaciones posibles que admiten los fenómenos indiscutibles, parecen ser los siguientes:

La interpretación dada por el *realismo primitivo*, que es de cierta manera también la del empirismo radical, admite la existencia real de un mundo exterior e independiente de nosotros, que se nos revelaría exclusivamente por el conducto de nuestros sentidos. Estos últimos se consideran aptos para captar y para transmitir a nuestra conciencia, las propiedades de los objetos reales que se encuentran a su alcance, y que en su conjunto constituyen aquel sector del mundo que nos es conocido directamente. Sus principios generales y las leyes que rigen este mundo real, los deduciríamos según esta concepción, partiendo de nuestra experiencia sensorial, generalizando los hechos que esta última nos revela. Todos nuestros conocimien-

tos generales serán entonces únicamente resultados de procesos inductivos, que se llevan a cabo sobre la base de un material empírico cada vez más amplio y diversificado. La creencia de que poseemos conocimientos de naturaleza "a priori" sería una falacia, que se debería a que la observación continuamente repetida de determinados caracteres del mundo, nos induce a ver en los mismos, principios obligados que son inherentes ya a la forma en que este mundo se nos presenta.

La interpretación correspondiente al *idealismo absoluto* considera, por lo contrario, el mundo exterior como una apariencia creada por nuestro propio "yo" que la proyecta con todas sus propiedades particulares sobre un fondo que carece de todo determinismo propio. Según esta concepción, entonces, la fuente de todos nuestros conocimientos se encontraría en nuestro intelecto, siendo el raciocinio el único procedimiento capaz de revelarnos la verdadera naturaleza del mundo y de los objetos que lo constituyen. De acuerdo con esto, todo conocimiento sería de origen "a priori" y la convicción general de los hombres de que es mediante la experiencia sensorial que se llega a conocer el mundo circundante, se debería tan solo a una ilusión.

Como en las demás teorías gnoseológicas, de que nos ocuparemos a continuación, figuran en parte, aunque desempeñando un papel distinto, los mismos conceptos que constituyen los fundamentos de las dos teorías que acabamos de circunscribir, debemos enfocarlas un poco más de cerca, antes de seguir adelante con nuestra enumeración.

Lo que ambas teorías gnoseológicas tienen en común, no obstante su posición diametralmente opuesta en lo que se refiere a la supuesta raíz fundamental de todo saber humano, es su tendencia a reducir el proceso cognoscitivo a un solo mecanismo, negando a la introspección, o alternativamente a la experiencia sensorial, su carácter de fuente de conocimientos. Sin duda, una tal simplificación del problema gnoseológico, que eliminaría al menos, una de las dificultades señaladas, representaría un paso importante hacia su solución, si la mis-

ma no estuviera en pugna evidente con el mismo fenómeno cognoscitivo que se quiere explicar. Desde luego, debe admitirse la posibilidad de que algún fenómeno que se nos presenta en relación con un proceso cualquiera — sea éste el del conocimiento u otro — en realidad se debe solamente a un error de apreciación de parte nuestra y nada tiene que ver directamente con el proceso respectivo mismo. Pero con esta admisión del carácter aparente del fenómeno, el problema planteado no se resuelve, sino tan solo se traslada a otro terreno, quedando ahora por aclarar la cuestión referente a los factores determinantes de aquel supuesto “error de apreciación”. Así, si se admite, como lo hacen los empiristas radicales, que un conocimiento “a priori” en realidad no existe, debe poder explicarse ¿cómo es que el análisis fenomenológico de nuestros actos cognoscitivos nos hace aparecer ciertos juicios como fundamentalmente no supeditados a experiencia sensorial alguna? De la misma manera, toda forma de idealismo absoluto los coloca a sus defensores en el trance ineludible de explicar el origen de la actualidad óptica, cronológica y topográfica (de la sensación de “ahora” y de “aquí”) que acompaña toda percepción, puesto que si nuestra experiencia sensorial es solo aparente y no consta en realidad sino de creaciones del intelecto, no se comprende porque la misma se caracteriza por dichos rasgos peculiares de que carecen los demás productos de nuestra mente. Mientras estos problemas, que nacen inmediatamente si nos colocamos sobre la base de una u otra de las concepciones mencionadas, no estén resueltos en forma satisfactoria, la aceptación o siquiera la discusión sistemática de las teorías respectivas, aparentemente no aporta ventaja alguna para la teoría gnoseológica.

§ 4.

Una solución de tipo distinto a los anteriores, trata de dar a los problemas gnoseológicos, el llamado *realismo crítico*, tan en boga en nuestros días. Esta doctrina que se empeña, sobre

todo, en ponerse a tono con las ciencias positivas, en cuyo fundamento filosófico tiende a constituirse, reconoce la existencia independiente y mutuamente trascendente del sujeto conocedor y del mundo objetivo, al cual se refiere el conocimiento que aquel va elaborando. Los problemas planteados más arriba se encaran entonces aquí, en toda su extensión y profundidad. Si se acepta sin reservas la tesis que nuestra experiencia diaria y en mayor grado aun la investigación científica, nos hacen conocer el mundo real que nos rodea y cuyos elementos constituyentes y estructuración intrínseca son independientes de nuestros actos cognoscitivos, resulta inevitable también la admisión de que, por una parte, nuestros sentidos y, por otra, nuestro intelecto, se encuentran en condiciones de captar, aunque sea de una manera diferente, determinados rasgos propios y característicos de aquel mundo. Y el ¿cómo? de esta captación constituye precisamente el punto saliente de los problemas fundamentales de la gnoseología.

Para poder siquiera intentar la solución de estos problemas, uno de los representantes contemporáneos más destacados del realismo crítico, *Nicolai Hartmann*, se ve en la necesidad de proclamar dos principios básicos que denomina “*relación psico-física fundamental*” y “*relación categorial básica*” respectivamente. Pero si es cierto que estos términos y el análisis explícito de los conceptos a que corresponden, se deben al mencionado filósofo alemán, ideas parecidas pueden ser descubiertas en las obras de casi todos los pensadores que se empeñaron en desarrollar una teoría gnoseológica sobre las bases que acabamos de señalar. Por esta razón, al discutir en lo que sigue, los conceptos e hipótesis de *Nicolai Hartmann*, nuestras consideraciones se referirán no solo a los puntos de vista sostenidos por este autor, sino a toda gnoseología realista en el sentido indicado. Resulta desde luego, necesario, tratar por separado, uno y otro de los principios proclamados por *Hartmann*, puesto que el significado y los méritos de ambos son bien diferentes.

La llamada “*relación psico-física fundamental*”, en rea-

lidad no constituye sino una expresión de la naturaleza incomprensible de los vínculos mutuos existentes entre el mundo físico y el de la conciencia y a los cuales se refiere entre otros, el clásico "*Ignoramus et ignorabimus*" de *Du Bois-Reymond*. Es el problema que, además de filósofos, ha ocupado a los fisiólogos y psicólogos de todos los tiempos y que se refiere a los fundamentos de toda sensación consciente y de toda actividad voluntaria. En vista del estado actual de las ciencias interesadas, el problema y su insolubilidad pueden formularse en los términos siguientes: Admitiendo el condicionamiento mutuo existente entre los procesos psíquicos y determinados cambios energéticos que tienen lugar en el cerebro, nos es y será para siempre incomprensible la naturaleza intrínseca de este condicionamiento, como también la del paso que conduce de lo físico a lo psíquico y vice-versa. Para hacer aparecer este salto menos misterioso, *Hartmann* postula la existencia de un terreno indiferente colocado entre el mundo físico y el mundo psíquico, en que ambas clases de elementos se pondrían en interacción en base de algún principio de correspondencia. Si esta hipótesis metafísica acerca de un terreno intercalado entre lo físico y lo psíquico que no pertenecería ni a lo uno ni a lo otro, contribuye realmente a disminuir el misterio que rodea las interrelaciones psíco-físicas, parece tanto más problemático, en cuanto un tal tercer mundo nos resulta inconcebible e inimaginable. De todas maneras, la teoría desarrollada por *Hartmann*, a este respecto no sirve sino como fórmula intelectual para señalar el carácter enteramente irracional del problema en cuestión. De lo que no cabe duda y que es lo único importante desde el punto de vista estrictamente gnoseológico, es la existencia de una correlación determinada entre el mundo físico y el de la conciencia aunque evidentemente acerca de la forma en que se establece esta correlación, nada podemos saber. Si admitimos, por una parte, un condicionamiento físico-químico entre los procesos energéticos que se producen fuera de nuestro cuerpo y los que tienen lugar en nuestros órganos de sentido y sistema nervioso y, por otra parte, una corre-

lación entre estos últimos y el contenido cambiante de nuestra conciencia, hemos llegado a los límites, hasta los cuales nos es dado racionalizar este aspecto del proceso cognoscitivo. Sobre esta base resulta luego fácil figurarnos, como se originan las diferentes sensaciones a raíz de los efectos físicos que las distintas formas de energía ejercen sobre nuestros sentidos. Debido a las interrelaciones mencionadas, las sensaciones aparecen como signos de las formas energéticas respectivas, produciéndose así la situación característica de que determinados entes psíquicos llegan a representar en nuestra conciencia, otros tantos entes físicos.

Mientras el planteamiento de este primer problema, como asimismo su solución limitada, que corresponde a la concepción del realismo crítico, pueden ser aceptados también por los representantes de cualquier otra filosofía, con excepción del idealismo absoluto — hoy prácticamente extinto — no ocurre lo mismo en cuanto al planteamiento y a las tentativas de resolución del segundo problema, que se refiere esencialmente a la validez de los juicios “a priori” con respecto al mismo mundo real, al cual pertenecen los objetos de nuestra experiencia sensorial. Este problema es y ha sido siempre el que condicionaba las más grandes divergencias entre las distintas escuelas gnoseológicas y cuyas tentativas de solución, propugnadas por los diferentes pensadores, constituyen verdaderas piedras de toque que nos permiten reconocer cada vez, la naturaleza fundamental de sus respectivas filosofías.

Como se sabe, los juicios “a priori” nunca se refieren a los elementos individuales y específicos que intervienen en nuestra experiencia, sino exclusivamente a determinados rasgos estructurales que caracterizan la misma en su totalidad. Para utilizar un término, cuyo uso se ha generalizado en la literatura filosófica a partir de *Kant*, todo conocimiento “a priori” es de naturaleza *categorial*. Que nuestra experiencia se encuentra de hecho supeditada a ciertas categorías, no es dudoso, siendo lo único a que se refieren las discusiones en cuestión, el origen y la naturaleza intrínseca de dichas catego-

rías. Mientras para *Kant* y los kantianos de toda clase, las categorías constituyen las formas obligadas de nuestro propio intelecto a que éste se atiene necesariamente, al estructurar sobre la base de los datos sensoriales recibidos, su imagen del mundo, el realismo crítico interpreta las categorías, como formas existentes en el mundo real y onticamente independientes de todo acto cognoscitivo. En cuanto a la naturaleza intrínseca de las relaciones estructurales en cuestión, el realismo crítico coincide entonces esencialmente con el empirismo radical, distinguiéndose entre sí ambas concepciones, tan solo, en lo que se refiere a la forma en que dichas relaciones son captadas por nuestro intelecto. Mientras el empirismo radical niega el carácter “a priori” del conocimiento categorial, el realismo crítico lo admite, planteándose entonces el problema acerca de la manera de que un examen introspectivo de datos mentales, nos pueda revelar caracteres pertinentes al mundo exterior.

Es para salir de este dilema que *Nicolai Hartmann* introduce su hipótesis acerca de la “*relación categorial básica*”, que expresa la coincidencia, al menos parcial, de las “*categorías del ser*” con las “*categorías del pensar*”. En efecto, si se admite que mediante la investigación de nuestros contenidos mentales, podemos llegar al conocimiento de estructuras que existen fuera e independientemente de nuestra conciencia, resulta necesario admitir también un cierto ligazón entre las leyes categoriales que rigen el mundo exterior y las a que obedece nuestro intelecto. Con esta admisión, sin embargo, se ha vuelto en el fondo, al menos en parte, al postulado de la “*armonía preestablecida*” del idealismo leibniziano; hecho que, por otra parte reconoce el mismo *Hartmann*.

Si esta vuelta parcial a una concepción pretérita debe considerarse, ello no obstante, como un progreso hacia una solución satisfactoria de los problemas gnoseológicos, depende evidentemente de si la misma se halla realmente justificada en base de la fenomenología indiscutible del proceso cognoscitivo. Que la hipótesis de una concordancia, al menos parcial, entre

los principios de estructuración que rigen el mundo real y los que guían nuestro intelecto al elaborar su imagen respectiva, elimina gran parte de las dificultades inherentes al problema del conocimiento “a priori”, es cierto, pero este resultado debe pagarse con la aparición de un nuevo problema aun más escabroso, si cabe, que los anteriores. En efecto, la supuesta concordancia entre las “categorías del ser” y las “categorías del pensar” no tiene, ni puede tener explicación alguna fuera del campo del misticismo teológico, para el cual todo problema encuentra su solución final en algún aspecto de la sabiduría y voluntad divinas. A quienes soluciones de esta clase les parecen inadmisibles desde el punto de vista filosófico, no les queda otro recurso que el de aceptar dicha “relación categorial básica” como hecho fundamentalmente inexplicable o bien el de buscar otra interpretación totalmente diferente para el fenómeno que involucra la validez de los juicios “a priori” con respecto al mundo experiencial. Es a la búsqueda de una tal interpretación que dedicaremos los párrafos siguientes.

§ 5.

Si admitimos que a través de nuestras sensaciones, se nos revelan ciertos aspectos del mundo que nos rodea, es necesario reconocer también, que el conocimiento así adquirido, en cuanto a dicho mundo se refiere, no es ni completo, ni inequívoco. Aun prescindiendo del hecho evidente, de que los datos sensoriales que se nos presentan en todo momento, deben depender además de los entes físicos que los condicionan primordialmente, también de nuestra propia organización psico-física, no puede ser dudoso que son solamente unos pocos aspectos del mundo real que se nos ponen de manifiesto mediante nuestros sentidos. Dichos datos accidentales e incoherentes, por si solos de ninguna manera alcanzan para constituir lo que llamamos habitualmente nuestra experiencia sensorial. En ésta intervienen decididamente también otros factores que nada

tienen que ver, al menos directamente, con los elementos que componen las sensaciones en sí. El papel que desempeñan estos últimos, se reduce en realidad, a servir de puntos fijos alrededor de los cuales nuestro intelecto va tejiendo su imagen primaria del mundo real. En cuanto esta operación se efectúa en forma más bien intuitiva que racional, su realización puede llevarse a cabo inconscientemente, apareciendo entonces la imagen resultante, como producto puro de la experiencia sensorial, cuyo origen múltiple no se revela sino por medio del análisis psicológico retrospectivo. Así ocurre que al pensamiento primitivo y hasta al observador científico ajeno a los problemas gnoseológicos, se le presentan como hechos empíricos, muchos rasgos del "mundo objetivo" que en realidad no son sino creaciones de su propia imaginación.

Pero aun esta imagen del mundo dista mucho de ser completa. En un primer tiempo nuestra imaginación se limita a objetivar las sensaciones habidas, proyectándolas hacia fuera y constituyendo los diferentes entes físicos que responsabiliza por su aparición. Esta construcción se hace necesariamente bajo el régimen categorial del intelecto que la dirige, de manera que resulta natural que las imágenes que se crean de los entes en cuestión, estén conformes con las "categorías del pensar". Pero son precisamente estas categorías de nuestro intelecto las que nos llevan a profundizar el conocimiento adquirido. Ni el descubrimiento de entes individuales, ni siquiera el conocimiento de su distribución en el tiempo y en el espacio, dejan satisfechos al intelecto, que sigue hurgando para encontrar nuevos entes y nuevas relaciones estructurales que la experiencia aun no sa revelado, y esta búsqueda — planeada o no — conduce a la revelación de aspectos cada vez nuevos del mundo experiencial, hasta que indefectiblemente se despierta la convicción de que lo conocido no constituye, sino una porción ínfima de un mundo mucho más vasto, que se ignora. Es esta convicción que constituye la fuerza motriz de toda especulación religiosa, filosófica y científica, que nos mueve hacia lo desconocido, para incorporarlo en proporción

creciente en lo que conocemos o, por lo menos, creemos conocer.

Si nos ponemos a analizar esta incorporación progresiva de nuevos elementos en nuestra imagen del mundo, es fácil darnos cuenta de que la misma se lleva a cabo a base de dos tipos de procesos completamente diferentes entre sí. Por una parte, la experiencia sensorial cada vez más amplia y más variada nos facilita continuamente nuevos datos sensoriales, enfrentándonos también con formas inesperadas, en que éstos se agrupan. A raíz de estos nuevos hechos primarios, por otra parte, nuestro intelecto se ve obligado a crear también nuevas imágenes, que comprendan determinados entes y acontecimientos que puedan ser responsabilizados por los nuevos hechos recién descubiertos. Como las imágenes renovadas, a su vez, se constituyen automáticamente en guías, que orientan la búsqueda sucesiva por otros hechos experienciales aún desconocidos, el proceso sigue indefinidamente hacia un conocimiento cada vez más completo y profundizado del mundo.

Es en este proceso progresivo que consiste la evolución de las ciencias y la estructura de éstas lleva también en todo momento los signos inequívocos de su manera de formarse. En todas las ciencias suele distinguirse entre los hechos establecidos y las hipótesis y teorías creadas para explicarlos y coordinarlos, aunque es necesario admitir que la delimitación entre ambas especies de elementos no siempre aparece en forma clara e inobjetable. El análisis gnoseológico revela más bien el hecho, de que frecuentemente se incluyen entre los datos empíricos, caracteres que no pertenecen a las sensaciones primitivas sobre las cuales se edifica nuestro saber, sino a la estructura categorial con que nuestro intelecto provee — a veces en forma inconsciente — la totalidad de nuestra experiencia. Pero aún en estos casos y con mayor razón en los en que la separación entre los elementos de origen sensorial e intelectual se produce con precisión, un examen suficientemente prolijo de cualquier doctrina científica revela sin lugar a dudas, que lo único que aparece en las mismas como inamovible, es su con-

tenido en datos sensoriales primitivos, mientras la estructura teórica tejida alrededor de éstos es capaz de ser modificada de acuerdo a las necesidades cambiantes del pensamiento científico. Los únicos límites a que se encuentran supeditados lógicamente estas modificaciones, están dados por las mismas leyes categoriales que determinaron la estructura primitiva de la concepción en cuestión y que siguen rigiendo necesariamente también su desarrollo ulterior.

En forma esquemática, puede ser comparada toda doctrina científica con un dibujo a realizarse de tal manera, que las líneas trasadas obedezcan, por una parte, a ciertas reglas de naturaleza formal (leyes categoriales) y, por otra, atraviesen en su recorrido, determinados puntos de ubicación fija, que representan los hechos indubitables establecidos. En la medida en que la investigación científica conduce al descubrimiento de nuevos hechos, aumenta en nuestro esquema el número de puntos que deben ser incluidos en el dibujo sin infringir las reglas formales que rigen su estructura integral. Este esquema puede servir para ilustrar una serie de conclusiones de gran importancia desde el punto de vista gnoseológico. Al principio de la evolución de una ciencia, cuando los hechos conocidos en los cuales la misma se basa, son aún escasos, habrá fácilmente muchas maneras de conectarlas mediante consideraciones teóricas que satisfacen los fundamentos categoriales del pensamiento. Es pues, evidente que habiendo pocos puntos fijos a tomar en cuenta, podrán idearse varios dibujos que los reúnen, siendo todos igualmente conformes a las reglas vigentes. Pero en la medida en que el número de puntos establecidos aumenta, esta tarea resulta cada vez más complicada y las soluciones posibles más raras y difíciles de encontrar. Puede llegar por fin, un momento en que los puntos que deben ser considerados, son tan numerosos y su diversidad tan pronunciada, que nuestro intelecto, al menos temporariamente, no es capaz de encontrar una construcción que los incluya a todos y que obedezca al mismo tiempo a las reglas formales establecidas una vez para siempre. En tales condiciones es única-

mente una reconsideración de todo el problema, e incluso una revisión de los puntos tenidos por fijos, que puede conducir a la solución buscada, si es que ésta no resulta del todo inaccesible a nuestros medios.

Y esto es precisamente lo que ocurre en el transcurso de la evolución de todas las ciencias. Las hipótesis y teorías posibles que satisfacen las exigencias científicas en un momento dado, son en general tanto más numerosas cuanto más joven y pobre en hechos es la ciencia en cuestión. Es también notorio que en la historia de todas las ciencias había momentos en que sus cultivadores se encontraron en la necesidad de someter a una revisión rigurosísima hasta los mismos fundamentos de su edificio doctrinario y, por fin, toda ciencia, en la medida que va profundizando el estudio de los problemas de su incumbencia, tarde o temprano se encuentra enfrentada con cuestiones cuya solución escapa a las posibilidades de la comprensión humana y con respecto a las cuales valen las palabras ya citadas de Du Bois Reymond: "Ignoramus et ignorabimus".

Sigue de estas consideraciones que la fenomenología del saber científico, tal cual éste va evolucionando sucesivamente hacia un conocimiento cada vez más amplio y profundo del mundo, no nos obliga a admitir la existencia de una "relación categorial básica" en el sentido del realismo crítico. En efecto, la estructura del mundo real — si es que existe — permanece necesariamente inaccesible para nuestro intelecto y nada tiene que ver con la estructuración categorial de nuestras ciencias, que no tienen otra función que la de ir creando imágenes, a base de las cuales podamos explicar, racional o intuitivamente, nuestras sensaciones y regir nuestras actividades planeadas. Dichas imágenes no nacen en función de una realidad transcendente, sino constituyen el resultado de un proceso de adaptación progresiva de parte de nuestras ideas por un lado, al monto cada vez mayor y más variado de las sensaciones que experimentamos y, por otro, a las leyes categoriales de nuestro propio intelecto.

Es, por consiguiente, también sobre estas bases que debemos tratar de comprender y de definir el concepto más fundamental de la epistemología: el de la *verdad científica*. Por verdad, el idealismo absoluto evidentemente no puede entender, sino una especie de coherencia interna entre las imágenes adoptadas y la falta de contradicciones intrínsecas en las construcciones ideativas que se realicen. Pero en el momento en que se admita la existencia de un mundo real, trascendente a nuestro "yo" e independiente de que si lo conocemos o no, el concepto de la verdad adquiere necesariamente un significado que lo relaciona con ese mundo real y se refiere a alguna forma de coincidencia entre éste y la imagen que nos formamos con respecto al mismo. Tampoco puede caber duda de que es este último concepto de la verdad con que operan, o al menos creen operar, todas las ciencias positivas. Un concepto de la verdad que se refiere a la coincidencia entre nuestras ideas y el mundo real que no conocemos, ni podemos conocer, no tiene, sin embargo, sino un significado exclusivamente ontológico y de ninguna manera puede servir de criterio gnoseológico para nuestros actos cognoscitivos. Para este fin debemos postular necesariamente, un concepto que nos permita contrastar el conocimiento adquirido con algún aspecto de dicho mundo real que nos sea de cierta manera accesible. De hecho, los vínculos que nos unen al mundo real, son los que existen entre nuestras sensaciones y los acontecimientos físicos que los condicionan. Por esta razón, la única coincidencia que podemos postular como criterio de la veracidad de nuestro saber, es la que debe existir entre nuestras sensaciones y las conclusiones que siguen necesariamente de la imagen que constituye la expresión de los conocimientos elaborados en el terreno en cuestión. Con otras palabras, consideramos una concepción como exacta y conforme a la verdad, si se presenta capaz de interpretar nuestra experiencia sensorial en una forma que satisfice las leyes categoriales que rigen nuestro intelecto. Cualquiera otra definición de la verdad, aunque tenga sentido ontológico inequívoco y claro, carece de significado gnoseológico

y, por consiguiente, resulta inutilizable desde el punto de vista, tanto de las ciencias, como de la vida en general.

§ 6.

Las consideraciones que anteceden, han tenido el objeto de demostrar que lo que habitualmente llamamos “mundo real” o “realidad objetiva”, no es sino una construcción mental que nace como el resultado de la aplicación de las categorías de nuestro intelecto a la experiencia sensorial. Que este resultado, al menos en sus caracteres más importantes, se presente igual para todos los hombres, se debe al hecho de que, tanto la organización y el funcionamiento de nuestros sentidos, como la estructura categorial de nuestro intelecto, son también iguales y constituyen propiedades comunes a toda la especie humana. De la validez de nuestras ciencias para otros seres, cuya organización podría ser diferente de la nuestra, por otra parte, nada sabemos, debiendo satisfacernos con el hecho de que las mismas nos conducen a resultados que aparecen exactos e incontrovertibles a los representantes de nuestra propia especie, que son los únicos con quienes las podemos discutir y ponernos de acuerdo.

Es únicamente debido a la comunidad de la organización intelecto-sensorial humana, que podemos hablar de “hechos objetivos” y de un “mundo real”, términos que indican solamente que el contenido de los conceptos en cuestión, no se encuentra supeditado a las diferencias que pueden existir entre las ideas y opiniones de una y otra persona interesada. En este sentido, pero solamente en éste, puede ser admitido que nuestro conocimiento se refiere a un mundo trascendente, cuyos caracteres son independientes de todo arbitrio de nuestra parte. Es de este mundo y de los “objetos trascendentes” contenidos en él, que tratan todas las ciencias objetivas, como la física, la biología y la sociología.

Por otra parte, resulta evidente que no todos los elementos que intervienen en la constitución de las ciencias, son igual-

mente objetivos. Con rigor, este calificativo no puede ser aplicado sino a determinados rasgos que caracterizan los datos sensoriales primarios, en que se fundamentan todas las ciencias mencionadas y que se presentan en la misma forma a todo observador. Por esta razón, en el esquema que hemos esbozado más arriba, han sido señalados los datos sensoriales con puntos fijos, que constituyen los únicos elementos firmemente determinados e inamovibles de toda la estructura en cuestión. Las modificaciones ulteriores que deben sufrir nuestras concepciones, debido a la evolución de nuestro saber concreto, nunca pueden referirse, por consiguiente, a los puntos fijos establecidos con anterioridad, sino unicamente a las interrelaciones estructurales que se admiten como existentes entre los mismos. Estas interrelaciones se postulan para racionalizar las ciencias, o sea, para dar a su contenido una forma que satisfaga las leyes categoriales de nuestro pensamiento. El progreso de las ciencias se pone de manifiesto entonces, por su parte, en el aumento del número de los hechos individuales que se conocen (puntos que se han fijado) y, por otra parte, en el sometimiento sucesivo de estos hechos a leyes categoriales de creciente complejidad. De la forma en que nacen nuestros conocimientos, sigue también que los nuevos hechos que se van descubriendo, pueden encontrarse en un principio todavía fuera del alcance de las leyes ya establecidas o estar hasta aparentemente en pugna con éstas, saciendo falta, entonces, una extensión o reformación de dichas leyes, para que las mismas comprendan también las situaciones a que se refieren los nuevos hallazgos en cuestión.

Estos procesos que equivalen a una racionalización sucesiva de los resultados científicos obtenidos, llevan necesariamente un tiempo más o menos largo para su realización, resultando a veces hasta del todo imposibles. Por esta razón, al estudiar el movimiento progresivo de las ciencias, debe distinguirse entre los límites que se han alcanzado, en cuanto al conocimiento de hechos y en cuanto a la capacidad de relacionarlos sobre bases funcionales y lógicas. Desde este punto de vista, pueden

distinguirse las siguientes fases evolutivas, que señalan las diferentes etapas que atraviesan durante su desarrollo, tanto nuestros conocimientos acerca de una cuestión determinada, como también cada una de las ciencias en su conjunto.

En la primera fase de su evolución, las ciencias suelen tener un carácter puramente *empírico*. Se conocen hechos más o menos numerosos, pero sin saber concertarlos a base de leyes, o siquiera reglas generales. Una subdivisión de esta fase del conocimiento empírico es a su vez posible, según, si los datos conocidos se deben a *observaciones accidentales*, realizadas en el transcurso de actividades no dedicadas especialmente a tal finalidad, o bien, constituyen el resultado de *investigaciones sistemáticas*, llevadas a cabo con el objeto de establecer todos o al menos el mayor número posible de hechos, relacionados con el tópico en cuestión. La superación de esta fase empírica del conocimiento se inicia con el establecimiento de *relaciones funcionales* de interdependencia, entre los diferentes hechos conocidos y las condiciones, en las cuales se los puede observar. Este conocimiento funcional puede ser tan solo *cualitativo* o, en un estado de evolución más adelantado, también *cuantitativo*, existiendo entre ambos también estados de transición, que caracterizan una especie de conocimiento que puede llamarse *semi-cuantitativo*.

El establecimiento de relaciones funcionales entre los diferentes hechos, desde el punto de vista gnoseológico, sin embargo, no señala sino la adquisición de cierto conocimiento formal, que en si de ninguna manera satisface todavía nuestro deseo innato de comprender la manera de ser del mundo. Para esto hace falta, además del conocimiento de dichas relaciones funcionales, la posesión de una imagen conceptual que nos dé cuenta de alguna manera, de los elementos constituyentes del sistema en cuestión y de los vínculos intrínsecos que podamos admitir como existentes entre éstos. Al querer edificar una tal imagen, recurrimos necesariamente a nuestra *intuición*, para que ésta nos facilite, por una parte, una idea

de los elementos ónticos que puedan sacerse responsables por los datos sensoriales a explicar y, por otra parte, un esquema de su interacción, del cual sigan lógicamente las relaciones funcionales establecidas. La extensión y profundidad que abarca una concepción teórica de esta naturaleza, dependerá cada vez, del grado de adelanto alcanzado por nuestro saber y pensamiento, resultando por consiguiente, justa la afirmación, de que el mejor indicio del progreso de los conocimientos humanos está dado por la evolución progresiva de las teorías, mediante las cuales es interpretado el contenido de nuestra experiencia acumulada.

Pero estas teorías, además de constituir la expresión suprema del saber ya alcanzado, sirven al mismo tiempo de poderosos resortes para el progreso futuro, en cuanto señalan los huecos existentes en nuestra comprensión de los hechos, como también de los límites, hasta los cuales hemos penetrado. Son pues, precisamente nuestras concepciones teóricas que nos demuestran que el campo que abarca nuestro saber, está rodeado por todos los costados, por un mundo incomparablemente más vasto, cuya estructura escapa a nuestro poder de comprensión. Y aunque el progreso de las ciencias hace que nuestro intelecto invada sucesivamente campos, que le eran hasta hace poco inaccesibles, el fondo esencial de las cosas nos queda tan incomprensible como lo fué al principio. Como ante los pasos realizados hacia adelante por el viajero, va retirándose sucesivamente el horizonte, se aleja de nosotros la solución final de todos los problemas, en la medida en que creemos acercarnos a ella. Detrás de todo problema resuelto se encuentra otro nuevo que nos obliga a reconocer el carácter irracional del mundo que enfrentamos. En relación con éste, nuestro intelecto no puede sino ir modificando sus propias concepciones, para adaptarlas sucesivamente a nuestra creciente experiencia, creando, una tras otra, imágenes nuevas que respondan a las necesidades del momento, facilitándonos cada vez la ilusión de que el mundo podría ser tal, como lo nos figuramos. En el derrumbe de una tal ilusión y su sustitución por otra más

adecuada a las condiciones vigentes, consiste todo progreso fundamental en el campo de las ciencias y de la filosofía, siendo su contenido cada vez renovado el único conocimiento del "mundo real" que es dado a la humanidad.

S. M. NEUSCHLOSZ